

¿Y la moralidad?

¿Habrá olvidado Espartero las lecciones del año 1843?

¿Habrá olvidado O'Donnell su célebre programa?

¿En qué piensan los otros ministros?

No hay que alarmarse, todo lo compondrá el *tercer partido*.

El triunfo será completo.

Una duda nos queda.

No sabemos si hemos de gritar como los antiguos romanos después de un brillante triunfo: ¡*Ciudadanos, subamos al Capitolio!* ó si hemos de repetir lo que decían nuestros abuelos á la aproximación de alguna calamidad: ¡*Dios salve á este pobre país!*

¿Quién nos sacará de esta duda?

La historia.



## EPILOGO.

### I.

#### LA VERDAD.

Pues sepa quien lo niega y quien lo duda,  
Que es lengua la verdad de Dios severo,  
Y la lengua de Dios nunca fué muda.  
Son la Verdad y Dios, Dios verdadero,  
Ni eternidad divina los separa,  
Ni de los dos alguno fué primero.  
Si Dios á la Verdad se adelantara  
Siendo Verdad, implicacion hubiera  
En ser, y en que Verdad de ser dejara.  
La justicia de Dios es verdadera,  
Y la misericordia, y todo cuanto  
Es Dios, todo ha de ser Verdad entera.

QUEVEDO.

Después de haber publicado la primera y segunda época de la presente historia, no podia ocultársenos ninguno de los inmensos inconvenientes y apasionadas oposiciones que habiamos de vencer al dar cima á nuestro pensamiento con el relato de los desafueros del poder desde 1848 hasta julio de 1854.

Resueltos sin embargo á pronunciar la verdad con toda la entereza de un carácter libre, independiente, y sin mas norte que el anhelo de contribuir al triunfo de la moralidad, hemos seguido los impulsos de nuestra conciencia, siempre tranquila, si bien dolorida el alma al tener que trazar tantos cuadros de escándalo y prevaricación.

Triste y desgarradora mision la del historiador imparcial que tiene que narrar los crímenes perpetrados en su propia patria por altos funcionarios, que por su privilegiada posicion debieran ostentarse puros ante el pueblo, si es que aspiran á marchar á su frente por la única senda que conduce á la prosperidad, la del honor y la justicia.

Mas ¡ay! que en vez de guiar al pueblo por este camino de gloria, esos magnates que le están insultando continuamente, echando en rostro á las masas trabajadoras su carencia de cultura, sus asquerosos vicios y absoluta falta de instruccion, lejos de darles ejemplo de virtudes observando una conducta intachable, son ellos los que impunemente ejercen todo linaje de iniquidades, son ellos los que se muestran sordos á la voz del honor, son ellos los que se lanzan al insondable océano de las pasiones y dan al mundo el inaudito escándalo de ser arrojados de sus palacios: y acusados de hurto, se ven en la degradante precision de apelar á una deshonrosa fuga para evitar el golpe del verdugo!

Y por mas que sea esto denigrante para el pais que nos dió el ser, ¿seria justo pasarlo en silencio?

Doloroso es tener que escribir tan horribles historias, repetimos; pero no hay otro medio de poner freno á la inícuca ambicion, no hay otro medio para moralizar al hombre, que pintar al vicio tal cual es, arrancar la máscara á los hipócritas, y hacer conocer al

pueblo la VERDAD á fin de que haga de su soberanía el uso que mas convenga á la conquista de un porvenir lleno de libertad y de gloria.

¿Habrá llegado á tanto la inmoralidad humana, que sea un crimen lanzar contra ella el anatema de la execración?

¿Puede haberse envalentonado la prostitucion del hombre hasta el extremo que sea ella la regla de la sociedad civilizada, y se tengan por incautos, por escéuticos y por locos á los que pregonan la fraternidad evangélica, la justicia igual para todos y el ejercicio de la santa virtud?

¡Imposible!

Si tan arraigada estuviera la hidra de la corrupcion en España, no hubiéramos visto levantarse á todos sus hijos en un solo momento para derrocar de su trono á la inmoralidad, cuyo cetro de hierro la abrumaba con su ya insoportable pesadumbre.

Pero aun son crecidas las huestes de los doctrinarios cuyo ídolo es el oro, cuya virtud es saber medrar, cuya escuela política estriba en la vil lisonja y la falsía, y cuya felicidad se reduce á la ostentacion de insultante lujo y al goce de los deleites materiales.

Sí, son numerosos los adictos á estas doctrinas, y tan perversos están sus ruines corazones, tan obtusas sus inteligencias, que no conciben esa bienandanza que alcanzarse debe con los democráticos principios de la moralidad.

Preciso es pues luchar con energía y con fé contra los que imbuidos de tan rancios como vituperables principios pretenden sostener el viejo edificio de las necias preocupaciones, de los ridículos privilegios y demás extravagancias de la barbárie.

Los varones mas sábios de todos los paises están al frente de la regeneracion europea.

Es una lucha entre la ignorancia y la inteligencia, entre las tinieblas y la luz, entre la razón y la mentira, entre el vicio y la virtud, entre los pueblos y sus tiranos; el triunfo no es dudoso.

A contribuir en lo que alcancemos á ese magnífico triunfo se dirigen nuestros humildes escritos.

Por este afán de salvación, hemos arrojado y arrojaremos siempre las iras de los magnates á quienes molesta la verdad.

¡Oh! la verdad ha sido en todos tiempos el acibar de los tiranos.

¿Y por eso no se ha de oír su divino acento en la tierra?

El gran poeta del siglo XVII, el *Fénix de los ingenios* escamaba:

Dijeron que antiguamente  
Se fué la verdad al cielo:  
Tal la pusieron los hombres  
Que desde entonces no ha vuelto.

¿Y ha de permanecer la verdad en el cielo, mientras los despotas de la tierra hacen sangrienta mofa de la humanidad?

¿Ha de quedar impune la tiranía, y sufrir sus víctimas en degradante silencio?

La libertad misma sería un horrible sarcasmo si osára ahogar el acento de la verdad.

Sabemos que el galardón de los que osan pronunciarla, suele ser el martirio; pero esta idea no nos asusta cuando la conciencia nos dice que hemos obrado bien.

Los criminales son muchos, y ellos y sus aduladores nos llenarán de vituperios.

No importa; mas sentiríamos merecer su aplauso.

Hemos pronunciado la verdad, y la pronunciaríamos aun cuando tuviéramos el cadalso á la vista.

La muerte no nos intimida; y un célebre autor alemán, Kotzebue, ha dicho: *Wer den Tod nicht fürchtet, ist immer frey.* «El que no teme á la muerte siempre es libre.»

Moralicen sus acciones los poderosos, y entonces será mas grata la misión que voluntariamente nos hemos impuesto, porque aunque no hemos sabido nunca adular á nadie, se goza el alma cuando rinde homenajes de justicia en acrisolados elogios.

No los hemos escaseado en esta publicación á las personas de altos merecimientos, así á las que viven en humilde morada como á las que se albergan en suntuosos palacios, porque en todas partes puede cobijarse la virtud, y solo á esta rendimos el modesto tributo de nuestro amor y respeto, porque es la única fuente de la felicidad humana.

El gran Pope ha dicho:

Know then this truth (enough for Man to know)  
Virtue alone is Happiness below.

Que traduciremos de este modo:

Aprenda el hombre esta verdad divina:  
Solo en virtud felicidad germina.

## II.

### CRÍTICA GALANTE.

¡ A cuántos armó el oro de crueza !  
¡ Y á cuántos ha dejado  
En el último trance ! ¡ Oh dura suerte !  
Pierde su flor la virginal pureza  
Por tí , y vese manchado  
Con adulterio el lecho no esperado.  
Al menos animoso  
Para que te posea ,  
Das , riqueza , ardimiento licencioso.  
RIOJA.

Prescindiendo ahora de los inmensos anónimos atestados de chavacanos insultos y amenazas que han escitado nuestra compasion hácia sus autores, y de los millares de felicitaciones apasionadas que mas bien nos han ruborizado que engreido, hemos leído con sumo placer alguna que otra crítica juiciosa é imparcial, en que se ha hecho justicia á la moralidad de nuestro pensamiento, y al través de honrosas alabanzas, se nos han dirigido atentas observaciones,

que agradecemos en el alma, si bien las hemos hallado mas dotadas de galantería que de convincente lógica.

Uno de los periódicos mas ilustrados que se publican en Madrid, ha dicho de nuestra humilde produccion: «Este libro cumple su objeto y el pensamiento que encierra es altamente moral.»

He aquí una frase por demás honrosa para nosotros; pero como para manifestar el crítico su imparcialidad, alterna los elogios con las censuras, la desvirtúa luego añadiendo: «aunque las tintas con que lo desenvuelve (el autor) son *negras y recargadas.*»

Cierto es que en la narracion de los desmanes de Narvaez durante su feroz dictadura de 1848, sube de punto la negrura del colorido, y aun parece que destila sangre de todas sus líneas, pero ¿podian acaso escribirse con esencia de rosas y jazmines los atropellamientos de la inocencia, las inauditas venganzas, las bárbaras deportaciones, los fusilamientos y execrable concusion de todas las leyes que á la sazón escandalizaron al mundo entero?

¡Que las tintas son negras y recargadas! Negras, sí, negras como las de la historia de la inquisicion, negras como las del relato de los crímenes de Neron y de Calígula; pero recargadas no, porque es imposible hallar palabras que tengan la suficiente energía para espresar desafueros que esceden á toda ponderacion.

Nosotros creíamos que solo los amigos de los verdugos podrian tachar de recargado el sangriento colorido de tan espantosas escenas, pero jamás habíamos sospechado que nos echase en rostro tan gratuito defecto un periódico liberal que mil veces ha anatematizado los crímenes del moderantismo con tintas acaso mas recargadas que las nuestras.

Preguntad á las víctimas si hay exageracion en nuestras aseveraciones. Respondan los que fueron deportados á Ultramar, respon-

da la viuda del valiente Dominguez, responda la desconsolada madre del malogrado jóven don Camilo Carretero, respondan los parientes de los infelices que fueron fusilados en masa estramuros de la puerta de Alcalá, y ellos dirán si son recargadas las tintas con que hemos lanzado estos horribles sucesos contemporáneos á la execracion de las generaciones venideras.

Creemos pues de todo punto infundada la increpacion que sobre este particular nos dirige nuestro galante censor.

Añade luego: «Ayguals, conociendo que para hablar al pueblo es preciso presentar los ejemplos á su alcance, no se vale de una forma escogida; pero sí de un colorido subido, con lo cual consigue hacerse inteligible y agradable.»

Tambien vemos en este párrafo la censura envuelta en la alabanza, y por ambos conceptos damos á nuestro crítico las gracias, sin que por esto renunciemos á sincerarnos del modo que nos sea posible.

Que nos hemos hecho inteligibles y agradables á nuestros lectores, es una concesion de parte de tan ilustrado censor, que nos honra sobre manera; pero que para lograr este resultado hayamos renunciado á la belleza de las formas y adaptado un colorido subido, es lo que ha estado mas lejos de nuestra voluntad.

Nosotros entendemos por pueblo á todas las clases de la sociedad consideradas en globo, y creemos que para agradar á este pueblo no hay que confundirle con aquel ignorante *vulgo* de otros tiempos, de quien el mejor de nuestros poetas decia:

... es justo  
hablarle en necio para darle gusto.

El pueblo á quien nosotros consagramos todas nuestras vigi-

lias, es ese inteligente, virtuoso, trabajador y heroico pueblo, cuyo inapelable fallo hunde para siempre á las nulidades, ese pueblo infalible como la Divinidad, toda vez que su juicio, y únicamente su juicio, es quien forma las altas reputaciones.

Los varones privilegiados, los grandes génios de todos los siglos y paises, han respetado con veneracion este juicio popular, y le han reconocido supremo en tal manera, que en obtenerle favorable han cifrado su afan, su desvelo, su ambicion de gloria.

Sobradas son las veces que el trágico Schackspear, el inmortal Iiland, el célebre Alfieri, el filántropo Kotzebüe, el gran Racine, el sublime Corneille, el profundo Moliere y nuestros inimitables Lope de Vega, Tirso, Calderon, Moreto y demás glorias nacionales y extranjeras, han creido presentar al pueblo una obra maestra, y el pueblo les ha dicho con su desaprobacion: «os habeis engañado» y respetando los sábios aquella decision popular, han arrojado su obra á las llamas, convencidos de que únicamente la sentencia del pueblo es justa é inapelable.

De este incuestionable axioma, resulta, que el que consigue agradar al pueblo y merecer sus aplausos, logra el supremo galardón á que aspiran las altas capacidades, de lo cual deducimos que es sobrado escesivo el elogio que se hace de nuestros humildes talentos, y mas cuando termina de este modo: «Ayguals es el escritor del pueblo, y seria injusto juzgarle bajo otro punto de vista.»

Estas pocas palabras han lisonjeado sobremanera nuestro amor propio, porque hemos notado el esmero del crítico en no adularnos ni zaherirnos.

En efecto, seria injusto comprendernos en el número de los que venden su pluma á los poderosos ó rinden incienso á los magnates para merecer de ellos una sonrisa de proteccion.



De muy antiguo estravía á los hombres la sed del oro; por adquirirle se han cometido en todos tiempos mil crímenes, y ha habido quien adulára á los criminales por el aliciente del galardón. Hé aquí porque exclamó Virgilio:

¿ Quid non mortalia pectora cogib,  
Auri sacra fames?

¿ A qué no obligas los mortales pechos,  
Maldita sed del oro?

Al escritor del pueblo, (aceptamos este honroso título con orgullo) al defensor de los desvalidos, no se le debe confundir con los aduladores de los que derraman el oro á manos llenas. Volveremos á esta cuestion; pero entre tanto solo añadimos, que sin aspirar á recompensa alguna de parte de los que por sus riquezas ó elevada posicion social se hallan en distinguido predicamento, respetamos y elogiamos sus virtudes, si de ellas les vemos adornados; mas estamos lejos, muy lejos de imaginar que solo puede haber escogidas formas en las obras literarias limitadas al círculo de lo que se apellida buena sociedad, y que no hay verdadera elocuencia sino en el estilo pomposo y altisonante, como pretenden ciertos críticos novelos de otro linaje, á quienes vamos á consagrar algunas fraternales advertencias.



### III.

#### LAS BELLAS FORMAS.

Il n'est point du serpent, ni de monstre odieux,  
Qui par l'art imité ne puisse plaire aux yeux;  
D'un pinceau délicat l'artifice agréable,  
Du plus affreux objet fait un objet aimable.

BOILEAU.

Traduccion.

El arte imitador, en sus destellos,  
Mónstruos horribles nos presenta bellos;  
Y mágico pincel hace agradable  
Todo objeto espantoso y detestable.

Está el buen gusto en España en lamentable decadencia. No parece sino que se trate de resucitar el ridículo culteranismo de Góngora, severamente criticado por las mas legítimas inteligencias, y de todo punto abolido por las leyes de la razon.

Sin embargo, de algun tiempo á esta parte se llama chocarrero y vulgar á todo lo que no destella perfumes de aristocracia; se califica de literatura patrioterla la que respira amor de patria y liber-